



**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**

**UNA VIDA SUBTERRÁNEA**  
**DIARIO 1991 – 1994**  
**LAURA FREIXAS**



errata naturae

# Índice

<i>Presentación</i>	9
1991	13
1992	21
1993	133
1994	215

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2013

© Laura Freixas, 2013

© Errata naturae editores, 2013

C/ Río Uruguay 7, bajo C  
28018 Madrid

[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-15217-46-6

DEPÓSITO LEGAL: M-11046-2013

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada  
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE CUBIERTA: *Sinnende*, © Gabriele Münter, 1917  
/ Städtische Galerie im Lenbachhaus, Múnich

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

## PRESENTACIÓN

Hace muchos años que llevo un diario. Durante la adolescencia —y luego en algunos periodos tormentosos de la primera juventud—, lo hice sin saber muy bien por qué o para qué; por no saber, no sabía ni siquiera en qué lengua escribirlo: a veces lo redactaba en catalán, otras en castellano. Lo dejé, si mal no recuerdo, cuando, y porque, empecé a hacer seriamente lo que he querido hacer siempre: escribir literatura. A los diecinueve años elegí lengua, el castellano, y compuse mis primeros relatos. El diario quedó atrás, a modo de ejercicio o borrador.

¿Por qué lo reinicié, ya de forma mucho más sistemática, en 1989? No lo sé muy bien, pero imagino que se debe a que había cerrado una etapa: había conseguido terminar y publicar un primer libro (*El asesino en la muñeca*, una colección de relatos, en 1988); ya no me acosaba aquella sensación de urgencia, de no poder perder el tiempo, de tener que concentrar todas mis fuerzas literarias en un solo objetivo, que había dominado el decenio anterior; además, ese año me casé, lo que contribuyó a mi sensación de estabilidad, de estar pasando página, convirtiéndome en adulta.

Desde que inicié esa segunda fase del diario supe que quería publicarlo. Por el mismo motivo por el que publico

novelas, ensayos, relatos o autobiografía, y, además, por otro: hay algo que sólo el diario puede aportar. Pues es un género con unas características muy particulares. Las historias que en él se cuentan, las reflexiones que en él se vierten, no están falseadas por esa coherencia que imponemos, retrospectivamente, a las reflexiones o a las historias para convertirlas en relato o argumentación. Además, el diario lo escribimos en secreto, y eso nos permite mostrarnos tal como somos, con nuestras dudas, contradicciones, vergüenzas, miserias, vanidades... que jamás mostraremos en público. O sólo con ciertas condiciones. Que para mí eran, son, dos.

La primera consiste en no publicar el diario íntegro, sino hacerlo reservándome una zona de privacidad. Así lo he hecho, suprimiendo aproximadamente un quince por ciento del texto original, por razones de discreción y respeto a la intimidad de terceros. Por los mismos motivos, he sustituido algunos nombres reales por nombres supuestos o iniciales. Los nombres ficticios están en cursiva, y las supresiones, indicadas por [...]. He mantenido, en cambio —en aras de la autenticidad—, el uso del pronombre indeterminado *uno* en masculino, que tanto me choca al releer (hoy lo uso siempre en femenino), así como algunos juicios y opiniones que hoy matizaría o que ya no comparto en absoluto.

La segunda condición era que hubieran transcurrido muchos años —quince o veinte— desde el momento de la escritura, con la esperanza de que el tiempo suavizara los filos demasiado cortantes. Por eso es ahora cuando me

decido a iniciar su publicación. No exactamente desde el principio, pues las anotaciones de los primeros años me parecen demasiado vacilantes. He elegido, como fecha inicial, un momento-bisagra: aquel en que me disponía a abandonar París (donde viví en 1990-1991) para instalarme en Madrid; y he puesto término a esta primera entrega a finales del año 1994, para darle una extensión adecuada.

Para poner a la lectora o lector en antecedentes, diré que nací en Barcelona y hasta 1990 viví en esa ciudad, salvo en el curso 1980-81, que pasé estudiando en París, y en 1984-86, etapa en la que fui lectora de español en dos universidades inglesas, Bradford y Southampton. En Barcelona, estaba empleada —desde 1987— en una editorial, en la que dirigía una colección literaria, *El espejo de tinta*, y vivía con mi novio, un francés al que había conocido en Inglaterra. En 1989 nos casamos y él se marchó a París. En el verano de 1990 fui a reunirme con él; vivimos juntos en París hasta el otoño siguiente. Entre tanto, la editorial en la que trabajaba se integró en un grupo empresarial con sede en Madrid. Elegimos vivir en Madrid porque en esa ciudad podíamos trabajar los dos: yo en la editorial, y mi marido en la recién inaugurada sede madrileña de la empresa.

Ver estas páginas impresas, encuadernadas, con el sello de una editorial, me produce, lo confieso, cierta perplejidad. ¿Es esto mi diario o se trata de un libro? Dije más arriba que el diario como género se distingue, en mi opinión, por dos cosas: por su carácter secreto, y por ser, al contrario que un relato o una argumentación, un texto

1991

incoherente, deslavazado, sin otro sentido o hilo conductor que la búsqueda, justamente, de sentido. Pues bien: la publicación destruye su carácter secreto... pero no lo desmiente. En su momento, yo escribí estas páginas sin ninguna certeza de que algún día saldrían a la luz: su publicación estaba ligada a mi condición de escritora, la cual, en esa época de mi vida, resultaba de lo más incierto. En cuanto al sentido, tal vez lo adquiriera retrospectivamente con la publicación, pues ésta reconoce a quien lo escribió una identidad, la de escritora, que da sentido a una vida. Y es que el diario es un género en la frontera, en el filo de la literatura: eso lo hace paradójico y, para mí, fascinante.

*Laura Freixas*  
*Madrid, enero de 2013*

[PARÍS,] DOMINGO 22 DE SEPTIEMBRE

Trabajar, tener ocupaciones, obligaciones, es —mientras no se abuse de ello, mientras no sea una droga— un excelente remedio contra la ansiedad. Dejé París, hace diez días, angustiada; la semana en Madrid, trabajando y buscando piso, me ha puesto de excelente humor. Ahora ya estoy, en espíritu, en Madrid, aunque físicamente esté todavía —por un mes más— en París. Pienso con ilusión en el piso que he encontrado [en el barrio de Arturo Soria], en la terracita donde podremos desayunar los domingos al sol en invierno, en las plantas que colocaré, en el espacio del que dispondremos —por fin un poco de orden, imposible de mantener en un piso tan pequeño como éste—, en la habitación para invitados, en tener una mesa digna de tal nombre —cosa que nunca hemos tenido— para poder invitar a los amigos a cenar; pienso en quién vendrá a vernos, pienso en lo maravilloso que será, tres o cuatro meses al año, nadar media hora o tres cuartos en la piscina al volver del trabajo...

¿Iremos a Colombia, a la boda de Jean-Claude? Todavía no sabemos si encontraremos billetes a un precio razonable.

¿Me quedaré embarazada?

¿Cuándo terminaré la novela [*Último domingo en Londres*]? ¿Qué destino le espera?

¿Seré de los elegidos para pasar un mes en el castillo escocés de Hawthornden?

¿Me saldrá bien el proyecto de ese programa de libros para la televisión?...

Tengo unas ganas feroces de trabajar muchísimo este año. Entre otras cosas porque me está empezando a poner incómoda que E. vaya a ganar tanto dinero: no quiero dejarme llevar por la facilidad, por la pereza, por el «para qué voy a pasarme diez horas traduciendo, si lo que yo podría ganar, lo gana E. mucho más fácilmente, y no necesitamos mucho más». Por el contrario, que él gane dinero me tiene que servir de estímulo. No digo que ganar dinero sea mi principal motor profesional, pero sí quiero —y en estos momentos estoy muy lejos de ello— explotar mis posibilidades, explorarlas, avanzar, llegar casi al límite; no quiero pasar por la vida sigilosamente, como una espectadora. Me molesta, por ejemplo, que el agente inmobiliario con quien traté el tema del piso me llamara «señora K.» —el piso me lo enseñó a mí, y yo le había dado mi nombre; y, por separado, más tarde, el de E.— y que declinara sin más mi ofrecimiento de darle mis datos laborales y bancarios, para interesarse únicamente por los de E. Pero es evidente que no me puedo quejar, porque el machismo del caballero en cuestión no se equivoca: acierta al dar por supuesto que mi marido gana mucho más que yo, y que el piso lo podemos alquilar gracias a él y su empresa, no gracias a mí y a la mía.

Detesto la típica actitud femenina de no actuar, de rehuir las responsabilidades y quejarse interminablemente. Debo reconocer (y esto tengo que analizarlo) que lo «típicamente femenino» me exaspera la mayoría de las veces. Mi ensalzamiento, en la época feminista, de la feminidad, las mujeres, etcétera, me parece que era falso de medio a medio, que encubría aversión y desprecio. Aunque es verdad que las mujeres pueden inspirarme una simpatía, una ternura muy especiales.

[...]

DOMINGO 29 DE SEPTIEMBRE

El jueves tuve la última sesión con la doctora R. (o «señora A.», tal y como se presentó un día que me llamó por teléfono, cosa que tuvo el don de enfurecerme...).

Es tan bonito, tan acogedor su despacho, con el escritorio y la silla de madera oscura barnizada, cajones con tiradores de metal dorado, apagado su brillo por los años, el barco en la botella, la bandeja dorada redonda —de esas bandejas árabes para el té— en el suelo con un jarrón y un ramo de flores, y en el centro del techo algo circular, abombado, de cristales de colores, con un gozne, que no sé muy bien qué es, pero que a fuerza de tener puestos en él los ojos cuando estoy echada en el diván, me sé de memoria... y esa ventana que da a un vago patio, amplio y silencioso, de ese color gris perla que tiene París, y al cielo también gris perla, sereno... Esto es la feminidad: algo